



# Las encuestas de *Repertorio*<sup>1</sup> *Americano* (1925-1932): García Monge y los libros hispanoamericanos<sup>2</sup>

*Mario Oliva Medina*

Instituto de Estudios Latinoamericanos  
Universidad Nacional, Costa Rica

## Resumen

En este ensayo nos proponemos un acercamiento a temas poco conocidos, y poco valorados por la historiografía continental, ya sea histórica o literaria; tal es el caso de la edición, la circulación y el consumo de libros hispanoamericanos y extranjeros por parte de lectores latinoamericanos, principalmente. El estudio de estos materiales, localizados en las páginas de *Repertorio Americano*, y que son la base de este ensayo, nos llevaron a otro gran tema, que apenas enuncio, y que no por ello tiene menos importancia, como son las relaciones de Joaquín García Monge con el mundo del libro. El Editor Continental dedicó prácticamente toda su vida a la difusión del libro tanto americano como europeo. El acercamiento a tales fenómenos nos permitirá ilustrar no solo el mundo del libro en el cual se movió y que en buena parte construyó, sino lo que son las más significativas marcas de su pensamiento y acción.

**Palabras clave:** historia del libro hispanoamericano, escritores, revistas culturales, Joaquín García Monge.

1 Localizable en: *Repertorio Americano* Segunda Nueva Época, N° 21, Edición Especial, 2011, pp. 147-170.

2 Las imágenes de escritores presentes en este artículo son de dominio público.



## Introducción

Una aproximación a la obra de García Monge permite observar de modo ejemplar lo que hoy llamamos política editorial y cultural. En una de sus tantas reflexiones al respecto, y donde se aprecia su percepción martiana del mundo americano, dice:

Llevar a las escuelas públicas, a los liceos de América la preocupación de América, el comentario de la vida americana, en sus actividades políticas, comerciales, literarias, científicas, agrícolas, artísticas, históricas... Circulación de impresos, abundantes, selectos, encaminados hacia un franco y cordial panamericanismo: Nada que despierte más interés americano, más orgullo y amor de América, que los libros, folletos, revistas y diarios que hablen de América, que digan de las excelencias de América. Estos impresos debieran circular libres de gastos de correo para que no se encarezcan. Sugería esta medida de buen gobierno. No hace mucho todavía circulaba, libre de gastos de correo, toda suerte de impresos de un país a otro de Centro América (García Monge, 1974: 54)

Sus preocupaciones por la suerte del libro en todas sus dimensiones, desde la producción, circulación y consumo fueron permanentes. Al respecto pensaba que la circulación abundante de impresos en América interesaría a las casas editoras de Londres, París, España, Nueva York, Buenos Aires, La Habana, Bogotá, y con ello la posibilidad de multiplicarlos, de abaratarlos. Mientras tanto le asignaba un papel trascendente al editor, al librero, el cual consistía en ser agente de unionismo.

Estas ideas condujeron su acción editorial, que mantuvo por casi sesenta años, desde su periodismo militante ejercido junto a Roberto Brenes Mesén, Omar Dengo y un puñado de intelectuales a comienzos del siglo veinte en *La Aurora*, *Sanción* y *Cultura*, hasta su longeva revista *Repertorio Americano*, cuyo último número se publicó en 1958, pasando por más de una decena de ediciones de libros y revistas.

Desde la mitad de la década de 1920, *Repertorio Americano* de modo permanente comienza a recoger las inquietudes de los escritores en cuanto al mundo del libro y sus lectores en América Latina. Período que es sumamente importante para captar los inicios de estos procesos que en la década siguiente dan paso a grandes editoriales dedicadas al libro en América.

Las limitaciones por las que pasa el escritor en cuanto a la edición de sus libros son muy obvias: encarecidas ediciones, poca destreza en el arte tipográfico de los libros, pequeñas ediciones mayoritariamente publicadas por los propios autores, o en su caso por libreros y editores sin escrúpulos, y una difícil inserción en el mercado naciente del libro en la región.

La información dispensada en las encuestas arroja que Argentina tenía un aceptable mercado editorial en las precarias condiciones de existencia de un mercado nacional del libro, cuestión mucho más incipiente para el resto de América Latina.

La trilogía de encuestas en la que se sustenta este estudio está integrada por:

1. cuestionario de *Repertorio Americano* a los escritores de América,
2. cuáles eran los mejores libros hispanoamericanos,
3. la Biblioteca Mínima Cubana.

En este ensayo nos proponemos un acercamiento a temas poco conocidos, y poco valorados por la historiografía continental, ya sea histórica y/o literaria; tal es el caso de la edición, de la circulación y del consumo de libros hispanoamericanos y extranjeros por parte de lectores latinoamericanos principalmente.

Por otra parte, el estudio de estos materiales localizados en las páginas de *Repertorio Americano* que son la base de este ensayo, nos llevaron a otro gran tema, que apenas enuncio, y que no por ello tiene menos importancia, como son las relaciones de García Monge con el mundo del libro. Dedicó prácticamente toda su vida a la difusión del libro tanto americano como europeo. El acercamiento a tales fenómenos nos permitirá ilustrar no solo el mundo del libro en el cual se movió y que en buena parte construyó, sino lo que son las más significativas marcas de su pensamiento y acción.

### **Algunas relaciones de García Monge, el libro y la lectura**

Antes de pasar a describir y analizar las encuestas resulta forzoso señalar algunas de las relaciones establecidas por García Monge con los libros y la lectura por ser esta una de las actividades más ricas de su biografía intelectual.

En varios pasajes de su obra escrita (artículos, ensayos, crónicas, cartas y otras) así

como en su acción editorial, se puede advertir el apego a los libros y el valor esencial que daba a la lectura para la formación humana y humanística. De su relación con “El Quijote” de Cervantes manifestaba, “es un libro para leerlo, releerlo y meditarlo” (García Monge, 1974: 52). Se puede entresacar de su obra este tipo de comentario que gustaba compartir en aquellas notas dispersas, especie de “pensamiento en astillas”, las cuales miradas en su conjunto resultan un todo coherente de su pensar y constituyen una parte de su obra.

García Monge fue para el caso costarricense, centroamericano y probablemente latinoamericano, un pionero en asuntos de política editorial de masas; expresó su deseo de que los libros circularan no solamente entre la pequeña elite letrada sino entre los sectores populares. Así concretó las colecciones *Ariel*, *Convivio*, *Autores centroamericanos*, *Colecciones del Repertorio Americano*, *Cuadernos de pedagogía y otros estudios*, *Ediciones Sarmiento*, *El convivio de los niños*.

A esta labor editorial, pero en una escala mucho menor, se le une el catalán Ricardo Falcó, el cual produce dos colecciones: *Biblioteca Renovación* y *Ediciones mínimas*, ambas editadas en San José de Costa Rica en la década de 1910, con propósitos parecidos: llevar lecturas de autores españoles y americanos a un público ansioso de lectura.

Tomada en conjunto, la actividad editorial del costarricense puede ser considerada portentosa: por su persistencia y amplitud, difícilmente superada por otro editor en

nuestra América, por lo menos en los primeros cincuenta años del siglo XX.

La relación de García Monge (1983) con los libros parece ocurrir en diversos momentos como una zona de refugio, de recogimiento, sobre todo cuando se trata de alejarse de la política tradicional. En 1920, confesaba: “Ciertamente, aquí estoy en la biblioteca, que en todo caso puede ser asilo de estudio y de paz, para un hombre como yo” (1974: 31).

García Monge solía achacar su falta de participación política a su temperamento, a sus ocupaciones editoriales, “vivir a oscuras entre mis libros y papeles, que son mi gusto”, confesaba a don Alberto Echandi (1974: 35). Dirigió la Biblioteca Nacional durante dieciséis años, entre 1920 y 1936, y creó el *Boletín bibliográfico* hasta 1927.

Era frecuente ver a García Monge dando consejos a los niños, jóvenes y maestros sobre qué leer y hasta cómo leer. En 1932, los jóvenes editores costarricenses de la revista *Arlequín* le solicitaron una colaboración; de inmediato aprovechó para decirles:

es mejor que se pongan a leer los clásicos inmortales, con amplia e intensa curiosidad, y a meditarlos, y con ellos llegarán a la universidad, a la comunión en el interés verdadero y permanente del Espíritu. Júntense a leerlos por las tardes y por las noches y a su divino resplandor aprenderán ustedes a ser amigos y a dialogar; a discutir sin enojarse. Porque pueden discrepar en los pareceres y sin embargo, ser muy buenos amigos. Por no haber hecho esto, así viven estos pueblos: en discordia

civil, desunidos, aniquilados. Tierra de la cizaña que empobrece y esteriliza. (1974: 164 -165)

Siempre percibió en el libro y su lectura instrumentos de un poder para el cambio personal y colectivo. En el ocaso de su vida, en 1954 a propósito de la “Semana del libro en la Escuela Porfirio Brenes”, exhorta a la escuela, al maestro, al niño:

La escuela primaria está obligada, pues a enseñar a leer y luego sin falta aficionar a los niños a leer, acostumbrarlos a manejar los libros como instrumento de estudio, de cultura personal de ejemplo personal. El autodidacta por ejemplo un Sarmiento, el que aprende solo, si maneja bien los libros, en ellos una Biblioteca Pública halla, su Colegio y su Universidad. (1974: 157)

Para García Monge la cultura de un pueblo se mide por el papel impreso que consume en libros escogidos. Pregonó porque no faltara en casa y en todo vecindario la existencia de un estante de buenos libros para que los libros de la sabiduría eterna estuviesen al alcance de todos.

Se le podía ver apoyando cualquier iniciativa relacionada con los libros. En 1929, Rogelio Sotela, destacado bibliógrafo en Costa Rica, le envía un proyecto a la manera de Vasconcelos, el cual pretendía poner en manos de obreros curiosos, libros esenciales, reveladores de la verdad, de la belleza, del bien o de cosas semejantes que enriquecen el espíritu.

Siendo director de la Biblioteca Nacional, García Monge se había dado cuenta de que muchos lectores llevaban libros a su casa.

Proponía repartir libros buenos entre los obreros y campesinos. Sugería al gobierno que así como ya había escuelas públicas, hacía falta la biblioteca popular y circulante (García Monge, 1983: 65).

Por otra parte, García Monge desde muy joven aconseja a sus pares. En 1905, cuando rondaba los 25 años, escribe una larga carta a una amiga con un sugestivo título “mis deseos”, donde expresa sus esperanzas en cuanto a la educación e instrucción que debe tener una mujer en aquella época. Veamos al menos un párrafo de esa correspondencia, la cual puede calificarse como una joya de su pensamiento tradicional sobre el tema de la mujer:

... las mujeres más deliciosas son las que dominan sobre un círculo mayor de individuos con la sola fuerza de su bondad y de su inteligencia. Para adquirir ese dominio, le recomiendo que lea mucho los escritos que nos han dejado las grandes mujeres de la historia social y literaria( )...hay en los escritos de estas notables señoras, páginas muy risueñas y espirituales a veces, mucho amor e interés por los hombres que sufren y su destino también. Léalas. Todo estudio que se refiera a alguna mujer ilustre en cualquier sentido recójalo y hágalo objeto de su meditación. De paso podrá Ud. conocer también los resortes con que dominaron las mujeres inteligentes los salones europeos. Lea también las biografías razonables de los hombres ilustres. Con este fin es preciso que Ud. sienta y comprenda las Memorias de los grandes hombres. Por ellas sabrá cual ha sido la influencia de las madres, las novias, hermanas y esposas en la formación y el destino de los grandes hombres del país ( )...

Tomo 10  
**REPERTORIO AMERICANO** Núm. 1  
San José, Costa Rica 1925 Lunes 2 de Marzo  
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: El *Repertorio Americano* de García Monge, por Edwin Elmore.—En discurso que no se pronunció, por R. Brenes Rivera.—Sobre un pensamiento de Leonardo de Vinci, por F. Emilio Cadi.—La Doctrina de Monroe desde un punto de vista subjetivo (siglo), por Rogelio Sobela.—El Maestro Sanam Cano, por Tito Tac.—Conzatti Figueroa, por R. Pizarro Barrechea.—Obras de lectura.—Tabla.

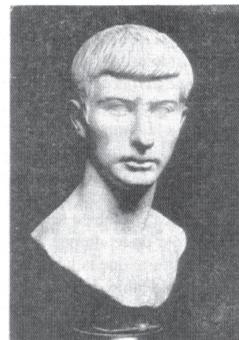
LA ESTIMACION EXTRANJERA  
**El REPERTORIO AMERICANO de García Monge**

(De *Mercurio* Panamá, Lima, Año VII, Vol. XIII)

García Monge es tal vez la más laboriosa abeja del colmenar de la cultura hispanica. Su *Repertorio* comprenderá el sorteo. Discretamente, sin infusas, sin gran aparato ni rictus editorial alguno, el gran publicista centroamericano está realizando una labor admirable de tejedor de ideas y de corrientes literarias e intelectuales, y—si no la tiene ya—muy pronto su tapiz adquirirá una riqueza incomparable.

El severo lector perdonará la imagen, más ella se imponga. Y cualquiera que conozca el *Repertorio* comprenderá el sorteo. Discretamente, sin infusas, sin gran aparato ni rictus editorial alguno, el gran publicista centroamericano está realizando una labor admirable de tejedor de ideas y de corrientes literarias e intelectuales, y—si no la tiene ya—muy pronto su tapiz adquirirá una riqueza incomparable.

De la producción intelectual—o más propiamente espiritual—de España y de América, García Monge nos ofrece sabrosa sinopsis. Sus cuadernos equivalen a ideales certámenes en los que tercian las necesidades de más aguilatado valor, capaces de contentar a la gran comu-



Antes de morir a Claret, mandó García Monge, obra de arte en el arte de Marco Bello, dibujado del autor cuando llegó a Roma, después de haber vivido y trabajado en el extranjero. El retrato muestra a García Monge como un hombre joven, con el pelo corto y una expresión serena. El fondo es oscuro y simple.

Roma, noviembre 2, 1926. C. Elmore.

nidad hispánica una voz articulada, clara y poderosa. Desde don Miguel de Unamuno—que tiene algo de Sócrates y mucho de Fray Luis en esta hora sombría para la Península—hasta los modestos y recién llegados espíritus que tienen su palabra para agregarla al gran poema épico de la formación de nuestra raza espiritual, todos los valores literarios de nuestro mundo cultural en formación encuentran eco y tribuna en su generoso y hospitalario hogar de hombre de letras, no desprovisto—como tantos de los que hoy se llaman escritores—de doctrina ni de orientaciones, ni de ideal. Allí hablan, como en un arcaísmo que supera a todos los parlamentos nacionales (donde no suelen predominar la inteligencia y el buen sentido), allí hablan los verdaderos espíritus dirigidos de la raza; los hombres que, en medio del desbarajuste de la época, conservan, como un tesoro, la esperanza del orden, el vivo anhelo de redimir de la chabacanería, la inconsciencia

*Repertorio Americano*, revista de fama continental, que fundara en 1919.  
Colección de Fernando Herrera.

Son tratados experimentales de gran utilidad para las niñas inteligentes que quieren influir más tarde en la suerte de un hombre de talento (1974: 38).

Esta larga cita permite mostrar varias cosas: el papel tan relevante asignado por García Monge a la lectura de libros, como medio de alcanzar conocimiento útil; más específicamente, la cultura en la emancipación humana; ésta permitiría cambiar el medio social y económico y también a los propios hombres. La lectura ayudaría a dominar un círculo mayor, conocer la historia de damas ilustres y la historia de los grandes hombres para entender el papel de la mujer en aquellos; la niña debe aprender para influir en el hombre. Se aprecia

entonces su visión y estrategia con respecto a la enseñanza de la mujer.

Sobresale que García Monge ponga atención a las mujeres de salón y a las señoras de los próceres, pero no aparece la mujer trabajadora, la mujer real. Resultan sintomáticas las ideas de García Monge si tomamos en cuenta que el título del artículo es “mis deseos”. Se trata de una serie de recomendaciones muy estrechas con respecto a la mujer, si bien la reivindica para la lectura de libros, para la instrucción, su visión es discriminatoria en cuanto al protagonismo e igualdad de derechos.

Volvamos a uno de los aportes más significativas realizados por García Monge al mundo del libro, específicamente al libro hispanoamericano: la extensa red de colaboradores formada por escritores, intelectuales, políticos, profesores, o simplemente lectores esparcidos por todo el mundo que le enviaban libros, revistas, notas y las últimas novedades editoriales de pequeñas y grandes empresas, que fueron siendo cada vez más abundantes con el transcurso del siglo XX, así como aquel escritor que de modo independiente publicaba un libro. García Monge los recibía y reseñaba en *Repertorio Americano*. Esta labor fue constante durante al menos treinta años.

Creó varias secciones en su revista para divulgar los últimos lanzamientos. También en algunos momentos recibía libros para su venta, llegando a formar una librería con muchas novedades, que de otro modo no podían obtenerse. El anuncio de libros para ser entregados a la vuelta de correo, previa cancelación, pareció ser muy efectiva entre los escritores de América.



Era frecuente encontrar situaciones como la siguiente: en 1925 Juana de Ibarbourou remitía 10 ejemplares de su libro *Ejemplario* para ser obsequiados entre los niños de escuelas urbanas que tengan mejores notas; quince días después García Monge entregaba los libros entre los niños ganadores. Este tipo de iniciativas fue práctica habitual realizada por García Monge durante muchos años, en ocasiones él envío de libros por escritores funcionaba como ayuda a las finanzas de García Monge y sus proyectos editoriales.

### **Encuestas y mundo del libro hispanoamericano**

García Monge llegó a tener significativo conocimiento con respecto al mundo del libro hispanoamericano, si tomamos en consideración las comunicaciones de la

época, y que el medio más usado para establecer sus contactos fue el correo, a pesar de la limitación de que Don Joaquín viajó muy poco por los países de América, toda su labor la realizaba desde San José, lo que enaltece su obra.

Entre los años 1925 y 1932 publicó tres encuestas en las páginas de *Repertorio Americano* dedicadas a interrogar a los escritores e intelectuales de América sobre la industria del libro de la época.

Los antecedentes inmediatos de estas encuestas merecen reseñarse y están en relación con los esfuerzos realizados por intelectuales para promover sus organizaciones y la difusión de la cultura escrita hispanoamericana.

En 1925-1926 se funda La Liga de Escritores de América. Su sede se estableció en la ciudad de México. Sus propósitos eran facilitar el contacto entre todos los escritores del continente para editar y difundir sus obras, para reunirlos en una coalición de combate, para transformar en lo que deben ser factores primordiales del progreso, para poner en el campo de las actividades humanas la fuerza del pensamiento de los hombres de América, de la que sólo han brotado esporádicos chispazos. Sacar a la luz del día las obras sepultadas en el silencio de los escritorios, difundir las ideas de los hombres que han estudiado los problemas sociales, enarbolar el libro era su bandera (*Liga de Escritores de América*, 1926: 156).

Esta organización estaba conformada por escritores que varias veces habían intentado organizarse en México, durante la

primera década del siglo XX. La idea de agrupar a los escritores de América flotaba en el ambiente. En octubre de 1925, los señores Rubén M. Campos, Luís Castillo Ledón y Luís Rosado Vega expusieron delante de un grupo de amigos reunidos en el Museo Nacional de Arqueología de la ciudad de México, las posibilidades de llevar a cabo lo que en tantos años de lucha no había podido verificarse y lanzaron un llamamiento a los escritores mexicanos. El 11 de noviembre quedó constituido el comité organizador con facultades extraordinarias para que estableciese los puntos fundamentales de una Liga de Intelectuales, los cuales quedaron expresos en una proclama:

... no tratamos de imponer una nueva escuela literaria, ni una escuela filosófica, ni una nueva escuela científica, queremos crear una organización que permita la exposición del pensamiento de los Escritores de América, y que este pensamiento circule entre todos los pueblos del Continente. (*Liga de Escritores de América*, 1926: 156)

Junto a esta iniciativa nacía otra en Europa, más específicamente en París, donde se reunieron en enero de 1926 con un banquete mensual, los escritores sudamericanos; entre los asistentes se encontraba: José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Gonzalo Zaldumbide, Leonardo Peña, Hugo Barbagelata, Miguel Santiago Valencia, Arturo Pinto Escalier, Melián Lafinur, Daireaux, Luís López Mesa y Alcides Arguedas. Se excusaron García Calderón y Zerega Fombona. Correspondió a Alcides Arguedas pronunciar el discurso de fondo con el tema “el libro y la lectura en América”.

Ambos afanes fueron publicados en *Repertorio Americano*; el último tuvo mucha repercusión ya que uno de sus animadores, Alcides Arguedas, le sugiere al editor de la revista *Repertorio Americano* realizar una encuesta. La respuesta de García Monge fue inmediata y en mayo de 1926 se publica el “Cuestionario de *Repertorio Americano* a los escritores de América”: ¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros? ¿No lee el público hispanoamericano o no le interesan sus escritores? En caso de que no le interesen, ¿cuáles son las lecturas, o los autores que prefiere?

La formulación de dichas preguntas abarca una enorme cantidad de problemas sobre el mundo del libro en nuestros países. Las páginas de *Repertorio Americano* sirvieron como canal de comunicación para que los escritores e intelectuales del continente conocieran las iniciativas y enviaran sus respuestas, las cuales permiten alcanzar un diagnóstico de aquella problemática que en el primer cuarto del siglo XX angustiaba a muchos de ellos.

El cuestionario se reproduce en *Repertorio Americano* durante una parte del año de los años 1926 y 1927. Los escritores latinoamericanos, el nombre y la procedencia puede apreciarse en el cuadro N° 1.

La información muestra que la respuesta es bastante significativa desde el punto de vista de la geografía editorial del continente: se responde desde países como Venezuela, Chile, Perú, Cuba, los cuales mostraban una labor editorial de cierta importancia; el único país que no estaba representado en esta encuesta era México, sin duda uno de los más importantes aún

**Cuadro N° 1**

Respuesta a cuestionario de escritores hispanoamericanos (nombre y nacionalidad)

E. Morales	Argentina
Alberto Nin Frías	Argentina
Arturo Torres Rioseco	Chile
Carlos Prendes Saldías	Chile
Castañeda Aragón	Colombia
Fernando Llez	Cuba
Agustín Acosta	Cuba
Andrés Avelino	República Dominicana
Rafael Heliodoro del Valle	El Salvador
Carlos Wyld Ospina	Guatemala
Antonio Orrego	Perú

Fuente: *Repertorio Americano*, 1926-1927.

en la década del veinte, aunque las grandes editoriales de aquel país aparecen en las dos década siguientes.

Las respuestas de los informantes son muy variadas en profundidad, en extensión y conocimiento del tema. Sin embargo, resultan valiosas para determinar algunos aspectos de los problemas más apremiantes que enfrentaban los autores para la publicación de sus libros, así como apreciaciones sobre el gusto o la recepción de los textos de parte de un lector latinoamericano heterogéneo.

Seguiremos la secuencia de preguntas propuesta por García Monge. ¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros? El primer aspecto considerado por los escritores era lo encarecido de los costos de edición con respecto al libro extranjero. Según algunos de los encuestados, los

temas tratados por los escritores americanos son un ejercicio aristocrático, lo que los mantiene alejados de las multitudes.

El chileno Torres Rioseco, contestaba el cuestionario desde Austin, Texas, proporcionaba información valiosa sobre las dificultades de la edición para un escritor. El principal problema que encontraba para que no se hicieran grandes ediciones de los libros hispanoamericanos era la condición de pobreza de los escritores, con lo cual coincidían varios de los informantes<sup>3</sup>. La mayoría de los escritores en el continente leen, aunque muchas veces de prestado. Sus propios libros no pasaban de mil ejemplares la edición, calculando no perder mucho. Los editores actuaban como verdaderos usureros cobrando hasta el cincuenta por ciento de comisión.

Rioseco ilustra con un ejemplo estas prácticas tan usuales ayer y hoy por las grandes casas editoriales: “Acabo de enviar a CALPE uno de mis libros. Se hará una tirada de dos mil, se venderán de quinientos a mil, de modo que espero perder unos cien dólares” (Torres Rioseco, 1926: 282).

Otro de sus libros había sido enviado a un editor norteamericano, él pagaría la edición de veinte mil ejemplares y recibiría un diez por ciento de la venta total, con la cual sufragaría una edición de su libro en español. Pero el peligro mayor encontrado por el chileno es el analfabetismo.

El argentino E. Morales contestaba desde Buenos Aires<sup>4</sup>, ciudad que calificaba de culta y el resto de la Argentina como barbarie. El referente de esta aseveración tajante, seguramente se la debe a Sarmiento.

Según Morales, tres fenómenos se consideraban explicativos sobre la edición de libros;

- a. falta de un editor inteligente y hábil;
- b. rapacidad de los libreros;
- c. falta de crítica.

Este autor expresaba que en el caso de Buenos Aires existían al menos tres librerías que exponen por quince días las novedades editoriales nacionales, pero lo que más afectaba al libro nacional es la crítica, lo que impedía que el público conociera el momento de aparición de un libro; la crítica demoraba de seis meses a un año desde que salía el libro, cuando ya ni estaba en librería. En Buenos Aires funcionaba una Comisión Protectora de Bibliotecas, que compra hasta cien libros de cada autor, pero funcionaba con arbitrariedad presionada por influencias extrañas al mérito de la obra propuesta.

También, el argentino Alberto Nin Frías<sup>5</sup> prefirió explicar el asunto de las grandes ediciones por el hecho de que escribía temas sobre al bienestar humano por vías morales y la contemplación pura de lo

---

3 La respuesta completa de Arturo Torres Rioseco en Libros y autores hispanoamericanos, *Repertorio Americano*, 1926, 1 de mayo, p. 282.

4 La respuesta completa de E. Morales en Libros y autores hispanoamericanos, *Repertorio Americano*, 1926, 19 de junio, p. 352.

5 La respuesta completa de Alberto Nin Frías en Libros y autores hispanoamericanos, *Repertorio Americano*, 1926, 4 de septiembre, p. 270.

bello, en cambio el público hispanoamericano consumía la frivolidad literaria.

Por su parte, el colombiano G. Castañeda Aragón<sup>6</sup> opinaba que el problema de la edición era que los editores eran comerciantes que publican sólo lo que ellos quieren y desconocen a los escritores hispanoamericanos. Sobre el gusto de los lectores precisaba que muy pocos leen a los del continente, de primero estaban los franceses del siglo pasado, después los españoles y luego algunas firmas italianas, subrayadas por la popularidad (favor del mismo público). Y aclara que la literatura extranjera, del novecientos para acá, no tiene lectores.

El chileno Carlos Prendes<sup>7</sup> responde que había escrito cinco libros, de los cuales era su editor, con un tiraje de 1000 ejemplares cada uno. En cuanto a la lectura considera que en ese país sí leían a sus escritores comparado con los extranjeros; de los autores sudamericanos sólo llegaban a Chile cuatro o cinco ejemplares a cada librería: Darío, Neruo y uno que otro de las generaciones últimas (limitaciones del mercado). El interés de la demanda comenzaba con las literaturas rusa y francesa; autores alemanes, ingleses y escandinavos ocupan un segundo lugar.

El poco desarrollo editorial era también expuesto por el dominicano Andrés Avelino. En su criterio, no hay casa editorial

que dé valor a los libros, los jóvenes escritores editan sus propias obras.

El peruano Antenor Orrego<sup>8</sup> contestaba a la primera pregunta: no se lee por el alto analfabetismo y hacía una crítica a los gobiernos por no resolver estos problemas. Este peruano asoma uno de los problemas más discutidos durante largos años en América, el de la autenticidad de nuestra producción. En pleno amanecer de estos planteamientos dice:

la literatura americana salvo por cierto las excepciones gloriosas, ha sido hasta hoy servil reproducción de la literatura europea. Por eso ha carecido siempre de verdadero interés para las masas... La América comienza a expresarse en su propia lengua y a revelar la visión cósmica que concreta sus realidades y sus esperanzas. La América comienza a crear su propia estética... En lo sucesivo, para conocer el pensamiento americano no bastará leer los libros europeos, será preciso leer los libros americanos y entonces, tendremos derecho a que el público americano nos lea. (1926: 204)

La segunda pregunta sobre el estado de la lectura entre los lectores latinoamericanos fue expresada como sigue: ¿No lee el público hispanoamericano, o no le interesan sus escritores? El público hispanoamericano no lee, pero no le interesan sus escritores, o le interesan muy poco. Situación agravada por el papel nocivo de los medios de comunicación, en especial la prensa que calla, frente a todo esfuerzo vernáculo de la cultura, y relega al último a los

---

6 La respuesta completa G. Castañeda Aragón en Libros y autores hispanoamericanos, *Repertorio Americano*, 1926, 4 de septiembre, p. 131.

7 La respuesta completa de Carlos Prendes en Libros y autores hispanoamericanos, *Repertorio Americano*, 1926, 4 de septiembre, p. 131.

---

8 La respuesta completa de Antenor Orrego en Libros y autores hispanoamericanos, *Repertorio Americano*, 1926, 11 de diciembre, p 204

escritores nacionales y eleva a la fama a cualquier extranjero que llega de paso a nuestros países. De aquí nace, según el crítico cubano Fernando Lles,<sup>9</sup> un falso concepto sobre el valor de sus escritores nativos por los propios latinoamericanos. Los ignora o los desdigna, siguiendo la corriente de “buen tono”, implantada por la costumbre, y esto es así hasta el punto en que un escritor, ignorado entre nosotros, halla lectores y compradores, tanto cuanto por acá es menos conocido, si tuvo la precaución de editar sus obras en Madrid, en París o en Leipzig.

El mismo Lles sostenía el desdén del público de todas partes por la cultura desinteresada, en cualquier aspecto que se ofrezca esa cultura. Leer no es pasatiempo común para la mayoría y entre estas la porción mayor tira a recrear su sensualismo genésico en las obras de Carretero Audaz o de Álvaro de Retana.

El escritor argentino E. Morales consideraba que el público lector de Buenos Aires, mucho, lee de todo. Se agotan Gustavo Martínez Subiría, Hugo Wast o Josué Quesada, así como Roberto J. Paríó y Horacio Quiroga: los primeros catalogados como pésimos y los segundos como excelentes.

Para este autor, en Buenos Aires el escritor interesa, circulan bastantes revistas donde se publica verso y prosa del escritor local. Pero el libro no puede competir con el extranjero: se agota Dostoiéwsky, cuyos libros pueden conseguirse en 20 centavos, pero no se agotan los libros de algunos

meritorios escritores argentinos que cuestan dos o tres pesos.

Torres Rioseco manifestaba que las lecturas preferidas por el público hispanoamericano eran: revistas de moda, periódicos parroquiales, páginas de sport, crónicas policiales, crónica social, libros sobre cuestiones sexuales, novelones pornográficos, sermones, discursos políticos, sección cómica de nuestros diarios traducida de los diarios yanquis, biografía de actores cinematográficos, versos patrióticos, catecismo, libros de cocina, etc.

La tercera y última pregunta pretende indagar sobre el gusto: ¿cuáles son las lecturas, o los autores que el público hispanoamericano prefiere? Fernando Lles sostiene que: “Ahora es preciso adaptarse, o escribir “por andar alegre” Adaptarse en lo formal y en lo superficial de ese gusto de mayorías, pero no en el fondo, como en el caso de Anatole France humanista y filósofo, que así supo deleitar a sabios profesores como a clérigos y porteras”

Para Torres Rioseco era muy evidente la falta de interés por los buenos escritores, y estimaba que no hay en el continente más de mil personas que hayan leído las obras completas de los siguientes autores: Alfonso Reyes, José Ingenieros, Domingo Sarmiento, Juan Montalvo, Manuel Díaz Rodríguez. Leopoldo Lugones, Florentino Ameghino, Francisco Bilbao, Juan Bautista Alberdi, Eugenio María Hostos, José Victorino Lastarría, F. García Calderón, Andrés Bello, José Vasconcelos, Antonio Caso y Vaz Ferreira.

---

9 La respuesta completa de Fernando Lles en Libros y autores hispanoamericanos, *Repertorio Americano*, 1926, 1 de mayo, p. 270.



Resalta esta observación de Torres Riosco en cuanto reclamo del poco interés por las cosas de nuestra América. Es posible que a más de ochenta años de esas declaraciones, no tengamos el número de personas propuesto como lectores de las obras mencionadas por este último. En la misma dirección, el escritor cubano Fernando Lles apuntó: “El público americano lee pero no le interesan sus escritores”.

García Monge recibió la respuesta de dos centroamericanos, Rafael Heliodoro del Valle,<sup>10</sup> quien advertía de las dificultades por las que atravesaba un autor hispanoamericano para hacer grandes ediciones, y señalaba la gran barrera que significaba la deficiente distribución de los libros. Sobre el lector hispanoamericano señala que lee pero necesita que se le hable más de nuestra América. Prefiera los autores consagrados.

El otro es el guatemalteco Carlos Wyld Ospina,<sup>11</sup> perteneciente a la llamada generación del veinte de su país. Su respuesta puede considerarse la más aguda y analítica de la situación del libro centroamericano. Para Ospina, los escritores centroamericanos son escasos y poco leídos, las grandes ediciones se desconocen. Las pequeñas son esporádicas. Existían dos o tres escritores por país que editaban por cuenta propia quinientos o mil ejemplares que vendían. El alto precio de los materiales tenía una incidencia mayor sobre la edición; en el mejor de los casos, se trataba no de libros sino de folletos efímeros, sin el cuidado del arte gráfico. Algunos autores logran que les publique el Estado, como favor del mandarín republicano. Los buenos escritores centroamericanos según Ospina, no necesitan el favor de los caciques que explotan la factoría del istmo.

En ediciones particulares circulaban autores como Arévalo Martínez, Flavio Herrera y casi toda la juventud literaria. Las novelas de los dos nombrados tuvieron resonancia en círculos selectos de escritores de México, Cuba y otros países cercanos donde apenas pudieron ser conocidas, por su limitado tiraje (mil ejemplares). Federico Hernández de León, periodista guatemalteco, había compilado una serie de artículos sobre la situación contemporánea, lo cual fue recibido con interés; autores costarricenses como Vicente Estrada y Villalobos eran leídos en tierras chapinas, que se inundan de productos extranjeros

---

10 La respuesta completa de Rafael Heliodoro del Valle en libros y autores hispanoamericanos, *Repertorio Americano*, 1927, 7 de mayo, p. 263.

---

11 La respuesta completa de Carlos Wyld Ospina en Libros y autores hispanoamericanos, *Repertorio Americano*, 1926, 10 de julio, p.25.

como novela y poesía de todas las latitudes en confuso pandemonium.

La lectura en Guatemala estaba orientada por lo que ofrecían los libreros; los públicos eran clasificados como sigue: una minoría selecciona sus autores y elige sus lecturas por su valor cualitativo, le sigue la clase intermedia, la más numerosa: los semicultos escogían sus libros guiados por la propaganda de los mercaderes de libros. Las obras más leídas por la plebe ilustrada corresponden a los nombres más sonados. Las clases inferiores no compran libros.

Los dos géneros editoriales con éxito de librería son la novela y la historia. La primera representa, o al menos refleja con talento, nuestra estupenda originalidad de naturaleza salvaje; traslada la tradición popular al terreno del arte; interpreta, con fuerza y verdad nuestro medio social y condensa las vagas aspiraciones populares en el sentido nacionalista. A la historia le reservaba un papel crítico, extirpadora de las fábulas y los fetichismos cívicos, que hasta ahora nos han dado los cronologistas nacionales en sustitución de la historia. Pero la pretensión de Ospina era mayor con respecto a la escritura histórica: obra que forme un criterio realmente histórico, con el cual se revaloran hombres y sucesos.

Hablar de criterio histórico es hablar de criterio sociológico. Las novelas interesarían a todo público que compra libros: a estudiosos atraídos por el valor del pensamiento y del lenguaje, a los frívolos porque la novela es el mejor modo de enterarse de las cosas sin fatiga ni esfuerzo penoso y gozar del deleite profundo de las figuraciones artísticas. Y se adelantaba

varias décadas cuando decía “quizás algún día la ciencia más árida y más ardua andaré expuesta en modos novelescos, con fines didácticos”. Los autores de historia y sociología criollas interesarían también al público dotado de alguna educación intelectual, pero más que todo a los políticos.

Wyld Ospina pensaba que la selección de textos literarios e históricos y sociológicos era un buen negocio y que en conjunto los países de América eran un mercado en potencia del libro. Según él, una de las mayores dificultades para desarrollar el mercado del libro en Hispanoamérica era el desconocimiento en las grandes casas editoras de Europa de los autores latinoamericanos. Esas estaban reservadas a los consagrados como Vasconcelos, Ingenieros, Bunge o Blanco-Fombona.

Wyld Ospina considera que la demanda de libros para aquella época crecía en toda Hispanoamérica. En Guatemala a comienzos de los años veintes se podía apreciar cierto auge en la venta y los expendios de libros. Los editores buscan nuevas obras y nuevos autores. El autor extranjero más editado y leído es Anatole France. Con intuición de lo que ocurriría años más tarde con una buena parte de la producción hispanoamericana, señala que ningún editor latino se ha atrevido a explotar la producción hispanoamericana. Probablemente se reserva esta conquista económica cultural para algún Enrique Ford de los editores, yanqui, por supuesto.

Wyld Ospina otorga un papel de primer orden para llenar las deficiencias de editores a las sociedades, los ateneos y las bibliotecas capaces de Hispanoamérica y

de América, para que tomaran a su cargo la edición de obras seleccionadas de nuestros autores poco conocidos o inéditos. Un proyecto similar había sido comisionado a Alejandro Sux por parte de una casa editora de París para publicar las mejores novelas hispanoamericanas en varios idiomas.

Wyld Ospina atribuía poderes muy variados al libro: por ejemplo, sostenía que puede hacer por nuestros países mucho más que las sociedades y ateneos a cuya cuenta corre el cultivo del ideal político nacionalista. Proponía que se realizaran congresos en su favor, como los que se hacen dedicados a la educación, el periodismo, el comercio o la industria; que se destinen partidas en los presupuestos públicos para su difusión y defensa. Recriminaba a José Vasconcelos por haber editado clásicos griegos y latinos de dudosa influencia en la educación de nuestra gente; esos dineros del Estado mexicano podrían haberse destinado a editar libros vernáculos: así habría hecho por la raza, por la lengua y por América mucho más de lo que hizo.

A los periodistas que acaban de gastar buenas sumas en asistir al congreso de la prensa en Washington con el único objetivo de servir de títeres en el tablado panamericanista de Mr. Rowe, les dice que mucho mejor hubiese sido emplear ese tiempo, esos entusiasmos y esos fondos en constituir una liga del libro hispanoamericano, que ha de ayudarnos contra los imperialismos intelectuales de los Rowe, concluía Wyld Ospina.

### Los mejores libros de Hispanoamérica

La segunda encuesta comentada fue realizada en 1925 por el uruguayo Hugo Barbaqueleta, director de los servicios parisienses del *Imparcial* de Montevideo. Aparece en *Repertorio Americano* siete años después, a mediados del año 1932.

Estas encuestas eran quizás la mejor forma encontrada por los intelectuales para recoger información entre sus pares de América, ante el vacío dejado por la ausencia de libros u otro tipo de documentos que dieran cuenta sobre estos temas. El medio era un periódico de amplia circulación como el *Imparcial* de Montevideo. García Monge la extrae de dicho diario y la da a conocer entre sus lectores probablemente por estar dentro de una línea temática que él mismo alentaba desde hacía varios años, como por ejemplo las encuestas que acabamos de analizar o la hecha por el filósofo costarricense Moisés Vicenzi en las páginas de *Repertorio* que datan de los años 1922 y 1923.<sup>12</sup>

El cuestionario tiene tres preguntas relacionadas con el canon de lectura:

1. ¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispanoamérica desde la época de su independencia hasta nuestros días?
2. ¿Cuál es la obra hispanoamericana que usted conceptuaría más original?

---

<sup>12</sup> Moisés Vicenzi realizó una encuesta entre 1922 y 23, la cual contestaron varios escritores, cuyas preguntas tocaban aspectos de educación, unión latinoamericana y sobre los intereses económicos latinoamericanos. El tono es evidentemente antiimperialista.

3. ¿Cuáles son las literaturas extranjeras que más influencia han tenido sobre nuestros escritores?

Al igual que el anterior, el cuestionario de Barbageleta contó con una muy importante recepción, puesto que la lista de intelectuales es considerable; observemos el detalle:

Alberto Grimaldo	Argentina
Ricardo Rojas	Argentina
Manuel Ugarte	Argentina
Augusto D'Halmar	Chile
Max Grillo	Colombia
Enrique José Varona	Cuba
Gonzalo Zaldumbide	Ecuador
José Vasconcelos	México
Luís Varela Orbegoso	Perú
Víctor Andrés Belaúnde	Perú
Ventura García Calderón	Perú
Francisco García Calderón	Perú
Carlos Reyles	Uruguay
Rufino Blanco Fombona	Venezuela

Fuente: *Repertorio Americano*, 1932

Los catorce nombres son reconocidos en los ambientes intelectuales de la época, la mayor parte de ellos contestaron desde París, donde vivían de manera permanente o casual; no olvidemos que el autor de dichas entrevistas residía en aquella ciudad que tanto atrajo a intelectuales latinoamericanos, como los caso de Víctor Andrés Belaúnde, Ventura García Calderón, Gonzalo Zaldumbide, Blanco Fombona, Alberto Ghirardo y Carlos Reyles.

La primera pregunta planteaba a los que contestaban un rasgo adicional de complejidad si tomamos en cuenta los diferentes géneros narrativos donde podría opinar y elegir un libro representativo. Los que

se atrevieron a replicar lo hicieron de dos maneras: unos prefirieron la opinión general y otros eligieron exponer sus preferencias por géneros, lo que nos permite tener un cuadro mucho más completo.

La primera y segunda preguntas sobre los libros más representativos de Hispanoamérica nos ponen frente a ciertos aspectos de la recepción de la obra en el caso concreto que nos ocupa. Se trata de personajes que forman parte de una élite (intelectuales) de receptores continentales.

Una de las cuestiones centrales es el hecho de que las preguntas en principio implican un conocimiento que traspasa las fronteras nacionales para constituirse en una obra de valor y carácter hispanoamericanos, a la vez que una sobrevalorización de la lengua como un elemento constituyente de espacios de recepción y de producción.

Por otra parte, la pregunta implicaba la apreciación de un largo periodo de tiempo: más de un siglo desde la independencia hasta la segunda década del siglo veinte. Dichas preguntas están orientas al sujeto de la recepción.

Esta segunda encuesta tenía la característica de dar información sobre el canon de los libros entre la intelectualidad de América y recogió respuestas de ilustres pensadores y escritores que fueron dando los nombres de los libros más representativos de la cultura continental.

Para intelectuales como el cubano Enrique José Varona,<sup>13</sup> el cuestionario podía

---

<sup>13</sup> José Enrique Varona. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 19 de marzo, p. 149.

resultar sumamente difícil de contestar. Su testimonio es revelador y luego de expresar su desconcierto ante la exigencia dice: “me han hecho medir mi grande ignorancia de la vida intelectual de los pueblos de mi misma lengua, en mi propio hemisferio. Verdad es que me formé en tiempos en que las repúblicas hermanas estaban casi incomunicadas con Cuba. Conocí, como por casualidad, una de las obras de Sarmiento, no su famoso *Facundo*; manejé temprano antología de poetas de esos países; y uno de mis vademécum y de mis iniciadores en las doctrinas políticas consistió en las *Lecturas de política positiva* de Lastarria. No es para olvidar la célebre historia de Baret. Algo tarde vine a estudiar los *Apuntes sobre el lenguaje bogotano*”. Después, a salto de mata, señalaba “he leído la *María* de Issacs, las poesías completas de Andrés Bello; las novelas de Hugo Wast, con la perla de su joyero, *Flor de Durazno*; el teatro del malogrado Florencio Sánchez, las poesías de Rubén Darío y de la señora Ibarbourou y alguna otra obra tan célebre como éstas”.

Varona consideró la empresa como de magnitud imposible de resolver, y posiblemente su ubicación geográfica fue otra desventaja para mantenerse al tanto de todos los movimientos literarios continentales. Parecida respuesta dio Augusto D’Halmar: le era imposible enumerar dentro de nuestra literatura cinco o seis buenos libros completos; así mismo, fue difícil encontrar cuatro o cinco autores de su gusto. Nombró a José Asunción Silva, Rubén Darío, Amado Nervo, Ricardo Palma, los que había saboreado dispersos a lo largo de toda su obra.

El peruano Luís Varela Orbegoso se inclinó por los siguientes libros:

*Tradiciones Peruanas*, de Ricardo Palma; *Prosas Profanas*, de Rubén Darío; *Tabaré*, de Juan Zorrilla de San Martín; *Los Siete Tratados*, de Juan Montalvo; *Las Democracias*, de Francisco Calderón; *Ariel*, de José Enrique Rodó.<sup>14</sup>

Por su parte, Víctor Andrés Belaúnde distinguía en la evolución intelectual de Hispanoamérica tres momentos: político, económico y estético. En cada uno de estos momentos se descubría una obra fundamental: Bolívar en sus *Cartas y discursos* representa nuestro original pensamiento político; Sarmiento en *Facundo* y Alberdi en *Las Bases* encarnan la dirección económica que supone la visión realista de la tierra y el dominio de ella. Rodó representa el anhelo de una cultura idealista y desinteresada, y por lo mismo, marca una dirección estética. En el orden narrativo, incluye *Las Tradiciones Peruanas*, género original y típico. En el orden poético, José Asunción Silva era el más grande lírico.<sup>15</sup>

Este autor consideraba conveniente agrupar las obras más representativas en corrientes o movimientos principales. Por su parte, Ventura García Calderón señaló una treintena de títulos.

Para Max Grillo los seis mejores libros eran: *Los discursos y correspondencia*, de Bolívar; *Las apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, de Rufino José Cuervo; *María*, de Jorge Isaacs; *Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío; *Capítulos del Quijote que se olvidaron a*

---

14 Luís Varela Orbegoso. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 19 de marzo, p. 147.

15 Víctor Andrés Belaúnde. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 19 de marzo, p. 150.

*Cervantes* por Juan Montalvo y *Facundo*, de Sarmiento.<sup>16</sup>

Mientras, la respuesta de Gonzalo Zaldumbide se inclina así: en novela, *Ifigenia*, de Teresa de la Parra; en poesía, *Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío; en historia, *Páginas* de Riva-Agüero; en sociología, los libros de Francisco García Calderón; en polémica, *Las Catilinas*, de Juan Montalvo; en crítica, ciertos ensayos, aun no recogidos en volumen de Remigio Crespo Toral. En oratoria, ciertas arengas de Martí.<sup>17</sup>

Por su parte, José Vasconcelos eligió entre los seis libros más importantes en la América Española: *Facundo*, de Sarmiento; *Las prosas políticas y sociales*, de Montalvo; *Las doctrinas constitucionales y políticas*, de Alberdi; *La obra educativa* de Bello; *La obra patriótica*, de Martí; *Las leyes y reformas* de Juárez.<sup>18</sup>

El argentino Manuel Ugarte escogió: *Las bases*, de Alberdi; *Los Capítulos*, de Montalvo; *Los Discursos*, de Martí; *El mirador de Próspero*, de Rodó; *Prosas profanas*, de Rubén Darío y *Poesías completas*, de Chocano.<sup>19</sup>

Mientras, Blanco Fombona optó por: *Tradiciones Peruanas*, de Ricardo Palma; *Siete Tratados*, por Juan Montalvo; *Facundo*, por D.F. Sarmiento; *Biografía del General*

*José Félix Rivas*, por Juan Vicente González; *Motivos de Proteo*, por José Enrique Rodó; y *Cantos de vida y esperanza*, por Rubén Darío.<sup>20</sup>

La respuesta de Carlos Reyles fue: *Facundo*, de Sarmiento; *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma; *Prosas profanas*, de Rubén Darío; *Motivos de Proteo* de José Enrique Rodó; *La gloria de don Romiro*, de Larreta; *Lengua de diamantes*, de Juana de Ibarbourou.<sup>21</sup>

La segunda pregunta de esta encuesta estaba estrechamente ligada a la anterior y lo que la diferenciaba era la especificidad al interpelar por una obra original en Hispanoamérica.

Veamos las preferencias en el cuadro que sigue:

Entrevistado Obra Autor

Ventura García Calderón	<i>Prosas profanas</i>	Rubén Darío
Enrique José Varona	<i>Prosas profanas</i>	Rubén Darío
José Vasconcelos	<i>Obra</i>	Rubén Darío
Ricardo Rojas	<i>Poesía</i>	Rubén Darío
Augusto d'Halmar	<i>Obra</i>	Rubén Darío
Blanco Fombona	<i>Obra</i>	Rubén Darío
Luís Varela Orbegoso	<i>Tradiciones peruanas</i>	Ricardo Palma
Víctor Andrés Belaúnde	<i>Tradiciones peruanas</i>	Ricardo Palma

16 Max Grillo. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 19 de marzo, p. 149-150.

17 Gonzalo Zaldumbide. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 19 de marzo, p. 150.

18 José Vasconcelos. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 19 de marzo, p. 150.

19 Manuel Ugarte. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 12 de marzo, p. 143.

20 R. Blanco Fombona. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 12 de marzo, p. 142.

21 Carlos Reyles. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 12 de marzo, p. 142.

Ricardo Rojas	<i>Tradiciones peruanas</i>	Ricardo Rojas
Carlos Reyles	<i>Martín Fierro</i>	Miguel Hernández
Ricardo Rojas	<i>Martín Fierro</i>	Miguel Hernández
Manuel Ugarte	<i>Facundo</i>	Domingo F. Sarmiento
Alberto Ghirardo	<i>Facundo</i>	Domingo F. Sarmiento
Francisco García Calderón	<i>María</i>	Jorge Issac
Ricardo Rojas	<i>Discursos</i>	José Martí
Max Grillo	<i>La gramática de la ...</i>	Andrés Bello

Fuente. *Repertorio Americano* 1932

Andrés Balaúde argumentó a favor de *Facundo* porque refleja un modo nuevo y virgen, por el dinamismo que le anima y porque es inclasificable: tratado sociológico, panfleto político, descripción geográfica y relato histórico.

Por su parte, Manuel Ugarte aclara su elección: a pesar de sus apasionamientos políticos y sus arbitrariedades gramaticales, la obra más original es el *Facundo* de Sarmiento.

Por su parte Augusto D'Halmar escogió a Darío por el uso del idioma y sensibilidad.<sup>22</sup> Rufino Blanco Fombona consideraba que no existía obra original en América; según él, hemos vivido cien años de préstamo. Lo hemos imitado todo y- sentenciaba- “seremos originales cuando seamos dignos y no nos arrodillemos con espíritu colonial, ante Europa y ante los Estados Unidos”. La advertencia de Blanco

22 Augusto D'Halmar. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 19 de marzo, p. 151.

Fombona tiene la particularidad de buscar la originalidad de la literatura fuera de las letras, esto es, en mantener la independencia frente a los poderes externos, Europa y los Estados Unidos.

La tercera pregunta busca indagar sobre ¿cuáles son las literaturas extranjeras que más influencia han tenido sobre nuestros escritores?

Tres fueron las influencias principales que se distinguieron: la francesa, la española y la inglesa. Sobre la importancia y predominio de la literatura francesa, Luís Varela Orbegoso precisó: “La francesa entre las capas superiores de la intelectualidad americana; la española en los primeros años de la emancipación y en el elemento estudiantil secundario”.

José Vasconcelos sostenía que es española la influencia predominante en nuestros países. El número de personas que lee libros escritos en idioma extranjero es muy limitado, he allí que aún lo extraño nos llega a la América después de haber sido traducido en España. Sin embargo, en el orden social y político debemos mucho a Francia, y hay que seguir imitando su ejemplo de no sacrificar las libertades públicas a ningún miraje, a ningún fetiche político o social. Muy intensa es también en nosotros la influencia italiana, en la mentalidad y la arquitectura.

Balaúde explicaba que la influencia predominante ha sido la francesa, sobre todo en el movimiento del Plata, en la corriente romántica y modernista actual. La influencia española ha sido más considerable en el humanismo colombiano y en el criollismo

peruano. De menor intensidad la influencia inglesa, la cual se nota en el humanismo colombiano, en Bello, el primer Caro, Núñez, Arnold (Toynbee) y Carlos Arturo Torres.

Mientras que la influencia norteamericana se aprecia por Emerson y Poe, autores muy leídos en Hispanoamérica, y la influencia italiana de D'Annunzio se hace evidente en los escritores de la última generación.

Ventura García Calderón precisaba: Francia fue la gran maestra de la verdad y el error. Al Norte fuimos alguna vez a visitar el asilo de Nietzsche o la llanura de Walt Whitman, pero llevábamos prudentemente la traducción francesa en el bolsillo.

Las coincidencias en las respuestas es bastante obvia; el predominio de la literatura francesa sobre otras es mayoritario.

### **Biblioteca Mínima Cubana**

En 1932, García Monge cierra este ciclo de encuestas dedicadas al mundo del libro hispanoamericano con la reproducción de una encuesta realizada por su amigo cubano Félix Lizaso, que originalmente había dado a luz en "De Cervantes", publicada en la ciudad de La Habana. Esta encuesta contaba con una sola pregunta con respecto a la Biblioteca Mínima Cubana: ¿Qué obras debieran constituir la, de estar formada exclusivamente por diez volúmenes?

En esta construcción de las culturas nacionales a partir de un corpus definido de libros, Félix Lizaso se proponía recoger las opiniones de doce personalidades de la cultura nacional cubana: Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Rafael Montoro,

Regino Boti, Emilio Roig, Jorge Mañach, Juan Marinello, José María Chacón, Carolina Poncet, Antonio Irazos, Elías Estralgo y José Antonio Ramos.

Este tipo de consultas parece que era cada vez más frecuente y necesario entre los intelectuales de América. Alfonso Reyes en el número de diciembre de 1931, de su *Correo Literario* de Monterrey, sugería la formación en cada uno de los países iberoamericanos de bibliotecas mínimas con una doble finalidad: una valoración intelectual en las repúblicas de América y la presentación ante los europeos, los norteamericanos y los mismos ciudadanos de Nuestra América, de selecciones representativas de cada una de las veinte literaturas.

Por lo tanto, el resultado buscado era conocerse y apreciar mejor los países vecinos y ofrecer al extranjero compilaciones manejables y fáciles de conservar en bibliotecas particulares, así como consultar y estudiar, para llevar a una mayor y más justa estimación de los valores intelectuales de Hispanoamérica, cesando la indiferencia o el desprecio que de ellos, por ignorancia, hoy tienen el europeo y el yanqui.

Esta tarea pareció difícil; de las doce personas por consultar parece que solo la mitad contestó, si nos atenemos a las que aparecieron en la revista *Repertorio Americano*. El primero en responder fue José Enrique Varona<sup>23</sup>, quien sin hacer comentario entregó una lista de diez títulos. De igual modo lo hizo Rafael Montoro. Los demás

---

<sup>23</sup> Véase anexo 1, que contiene las preferencias de los entrevistados que conforman la Biblioteca Mínima Cubana.

entrevistados intentaron esclarecer algunos aspectos antes de omitir juicio sobre los diez mejores títulos de la Biblioteca Mínima Cubana.

Antonio Iraizoz (1932), por ejemplo, hacía explicación a la lista que entregaba a Félix Lizaso, donde reparaba que la diversidad de géneros daría idea bastante más cabal de lo que los cubanos habían aspirado en un siglo con respecto a las letras de ese país.

Elías Entralgo (1932) pensó que la biblioteca mínima era para un determinado tipo de lector: es para aquel trasmisor o receptor de ideas a quien el punto cubano le interesa como parte de sus correrías; es para el viajero de afuera y el viajero de adentro que aspira a tener una visión panorámica de la vida autóctona. Efectivamente, la visión panorámica era lo que rescataba Entralgo.

Por su parte, Emilio Roig de Leuchsenrig (1932) adoptó otro camino para su denominación. Roig había pertenecido al Grupo Minorista en la década de 1920; recordaba que trató por varios de sus componentes, a iniciativa de él, de emprender empresa análoga de valoración intelectual cubana, sin que se llegara a cristalizar; mantenía apuntes y notas de aquellas tareas inconclusas.



Para este escritor, tanto en los años veintes como a inicios de los años treinta del siglo XX, era imposible formar esa biblioteca mínima. Las razones de su argumento eran de carácter editorial, muchas de las primeras y mayores figuras del pensamiento todavía no habían sido publicadas siendo difícil entresacar lo característico y representativo para la biblioteca mínima.

Por norma general, este escritor excluía las personalidades que aún vivían. Por lo anterior, la biblioteca mínima de Roig está conformada no por libros publicados sino de selecciones de textos aún no editados en ese momento.

El ejercicio de responder el cuestionario, por este grupo de intelectuales cubanos, recorrió varios caminos, todos tendientes a precisar el corpus de libros de su nación, desde la lista de 10 títulos solicitados, pasando por la entrega de títulos por especialidad temática hasta la sugerente propuesta de Roig la cual consistía en crear 10 libros de selección de textos y autores.

Es muy indicativo que en las respuestas ofrecidas la mayor parte de los libros mencionados pertenecen al siglo XIX cubano, lo cual nos muestra la erudición de los

encuestados acorde con la gran cantidad de libros editados en Cuba durante ese siglo<sup>24</sup>.

### Conclusión

De la documentación estudiada se desprenden las advertencias modernas que hace la teoría de la recepción cuando plantea “el lector también tiene derecho a ser tenido en cuenta”. Si bien es cierto, nos faltan los medios para diferenciar convenientemente una historia del lector hasta llegar a las obras individuales, por ahora debemos conformarnos con la topología del lector mucho menos precisa. Como aquella que nos sugiere el guatemalteco Wyld Ospina: “Minorías que seleccionan y eligen sus autores, semicultos escogían sus lecturas guiados por la propaganda de los mercaderes del libro y las clases inferiores no compran libros”, que en todo caso no significa que no lean; esta etapa de la historia del libro en América Latina debe considerar seriamente la lectura en voz alta que se hacía en los propios lugares de trabajo, como la industria artesanal de la época.

Valiosa y limitada es la información que nos proporciona sobre el efecto de determinadas literaturas entre el público lector en Hispanoamérica en los años veintes, donde resalta la literatura europea en general y muy particularmente la francesa. Se trata de todos modos de valorar la recepción dinámica que se realiza por el lector, como apunta Maria Moog-Grünwald:

Según la concepción de la nueva estética de la recepción, el autor, la obra y el público, entran en una relación dialógica, dinámica, que está determinada por la asimilación y el intercambio. (1987: 247)

Por último, nos parece que estas aproximaciones son importantes para una futura historia del libro hispanoamericano, donde este notable hombre de letras y sus relaciones personales – colectivas con los libros nos permiten conocer y comprender ese mundo formado por el escritor, el libro y sus públicos.

### Bibliografía

- Belaúnde, Víctor A. (1932). ¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispanoamérica desde su independencia hasta nuestros días? *Repertorio Americano*, 19 de marzo, p. 150.
- Blanco Fombona, R. (1932) ¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispanoamérica desde su independencia hasta nuestros días? *Repertorio Americano*. 12 de marzo, p. 142.
- Castañeda Aragón, G. Libros y autores hispanoamericanos. *Repertorio Americano*, 4 de septiembre, p. 131.
- D' Halmar, Augusto (1932). ¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispanoamérica desde su independencia hasta nuestros días? *Repertorio Americano*, 12 de marzo, p. 142.
- Entralgo, Elías (1932). Biblioteca Mínima Cubana, *Repertorio Americano*, 16 de julio, p. 28.

---

24 Ambrosio Fornet dedicó un texto definitivo bajo el título *El libro en Cuba durante el siglo XIX*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1994. Allí se puede apreciar la enorme cantidad de libros, folletos y periódicos producidos en Cuba.

- Fornet, Ambrosio (1994). *El Libro en Cuba*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- García Monge, Joaquín (1974). *Obras Escogidas*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana.
- \_\_\_\_\_ (1983). *Cartas Selectas*. San José, Editorial Costa Rica.
- Grillo, Max. ¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispanoamérica desde su independencia hasta nuestros días? *Repertorio Americano*, 19 de marzo, p. 150.
- La Liga de Escritores de América (1926). *Repertorio Americano*. San José, 8 de mayo, p. 156
- Lles, Fernando (1926). Libros y autores hispanoamericanos. *Repertorio Americano*, 1 de mayo, p. 270.
- Montoso, Rafael (1932). Biblioteca Mínima Cubana. *Repertorio Americano*, 10 de septiembre, p. 150.
- Morales, E. (1926). Libros y autores hispanoamericanos. *Repertorio Americano*, 19 de junio, p. 352.
- Moog-Grünwald, María (1987). Investigación de las influencias y de la recepción. *En busca del texto* (compilador Dietrich Rall). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nin Frías, Alberto (1926). Libros y autores hispanoamericanos. *Repertorio Americano*, 4 de septiembre, p. 270.
- Orrego, Antenor (1926). Libros y autores hispanoamericanos. *Repertorio Americano*, 4 de septiembre, p. 131.
- Prendes, Carlos (1926). Libros y autores hispanoamericanos. *Repertorio Americano*, 4 de septiembre, p. 131.
- Reyles, Carlos (1932). ¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispanoamérica desde su independencia hasta nuestros días? *Repertorio Americano*, 12 de marzo, p. 142.
- Roig de Leuchsering, Emilio (1932), Biblioteca Mínima Cubana. *Repertorio Americano*, 19 de agosto, p. 93.
- Torres Rioseco, Arturo (1926). Libros y autores hispanoamericanos. *Repertorio Americano*, 1 de mayo, p. 284.
- Ugarte, Manuel (1932). ¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispanoamérica desde su independencia hasta nuestros días? *Repertorio Americano*, 12 de marzo, p. 143.
- Valle, del Heliodoro (1927). Libros y autores hispanoamericanos. *Repertorio Americano*, 7 de mayo, p. 263.
- Varela Orbegoso, Luís (1932). ¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispanoamérica desde su independencia hasta nuestros días? *Repertorio Americano*, 19 de marzo, p. 147.
- Varona, José Enrique. (1932) ¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispanoamérica desde su independencia hasta nuestros días? *Repertorio Americano*, 19 de marzo, p. 149.
- Varona, José Enrique (1932). Biblioteca Mínima Cubana. *Repertorio Americano*. 9 de julio, p. 11.
- Vasconcelos, José (1932). ¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispanoamérica desde su

independencia hasta nuestros días? *Repertorio Americano*, 19 de marzo, p. 150.

Yraizoz, Antonio. (1932). Biblioteca Mínima Cubana. *Repertorio Americano*, 16 de julio, p. 28

Zaldumbide, Gonzalo ¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispanoamérica desde su independencia hasta nuestros días? *Repertorio Americano*, 19 de marzo, p. 150.

## ANEXO

### Biblioteca Mínima Cubana

**José Enrique Varona** 1) *Papeles* de Saco 2) *Aforismos*, de José de la Luz. edición de Zayas, 3) *Obras Poéticas*, de Heredia, edición Bachiller y Morales Antonio, 4) *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde, 5) *El Baltasar*, de la Avellaneda, 6) *Obras*, de R. del Monte. Prólogo de Montoso, 7) *Vida y escritos de Juan Clemente Zenea*, de Enrique Piñeyro, 8) *Oradores de Cuba*, de Sanguily, 9) *Discursos, informes y conferencias*, de Rafael Montoro, edición de González Curquejo, 10) *Las Honradas*, Carrión<sup>25</sup> (p 11).

**Rafael Montoso** (1932), 1) *Diccionario Geográfico Histórico* de Jacobo de la Pezuela, 2) *Historia de Cuba*, de Pezuela, Literaturas de Ramiro Guerra y O. Fletcher Jonson, 3) *Obras*, de José Antonio Saco, 4) *Obras*, de Ricardo del Monte, de Rafael Fernández de Castro, 5) *Obras* de Manuel

Sanguily, de José Martí y de Eliseo Gi-berga. 6) *Las antologías de poetas cubanos*, de López Prieto, de Pichardo de José María Chacón y del señor José Antonio Fernández de Castro en colaboración con Félix Lizaso. 7) *La vida de los principales caudillos revolucionarios*, 8) *Los Anales de la guerra de Cuba*, de Pirala<sup>26</sup> (p 150).

**Antonio Iraizoz** (1932), Su lista incluía 1) *Las poesías* de José María Heredia 2) *El teatro seleccionado* de Gertrudis Gómez de Avellaneda 3) *Los papeles políticos de José Antonio Saco principalmente los de su polémica sobre la anexión de Cuba a los E. E. U. U.* 4) La novela *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde 5) *Biografía Americanas*, de Enrique Piñeyro 6) *Los discursos y conferencias*, de Manuel Sanguily 7) *Nuestra América*, de José Martí 8) *Las poesías*, de Julián del Casal 9) *Los estudios cervantinos*, de José de Armas y Cárdenas 10) *Con el eslabón*, de José Varona<sup>27</sup> (p 23).

**Elías Entralgo** (1932) incluyendo libros que hoy podríamos llamar de medio ambiente como *Naturaleza y Civilización de la grandiosa isla de Cuba*, por Miguel Rodríguez Ferrer.

Sugería el texto *Vocabulario* cubano recogido por Constantino Suárez para apreciar los aportes cubiche al idioma castellano. Sobre la estructura económica de la isla, a falta de estudios integrales, se inclinó por el *Bosquejo económico-político de la Isla de Cuba* escrito por Morete y *El latifundio en la economía cubana* por Raúl Maestri.

---

25 José Enrique Varona. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 9 de julio, p 11.

26 Rafael Montoso. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 10 de septiembre, p 150.

27 Antonio Yraizoz. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 16 de julio, p 28.

La obra folclórica se inclinó por *Tipos y costumbres de la isla* con introducción de Bachillie y Morales e ilustraciones de Landaluze, se editó por Miguel de Villa en enero de 1881. La preocupación del proceso histórico y político que ha sufrido la nacionalidad cubana para el período colonial la síntesis el *Ensayo Histórico de la isla de Cuba* de Jacobo de la Pezuela y en el revolucionario por el análisis más documentado, *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*, de Vidal Morales. El ámbito filosófico parece ser el más disperso. En este sector habría que ofrecer un volumen de estudios complementarios, en el cual entrarían *El discurso inaugural* de José Manuel Maestre en el año de 1862, *Los trabajos* de Zambrana y Bonilla San Martín sobre el Padre Varela, *Los artículos acerca de Luz Caballero y Varela* publicados por Mesieur Guardia en la *Revue Philosophique*, los párrafos en que Menéndez y Pelayo se refiere a Luz en la Historia de los heterodoxos españoles y los capítulos que a la labor filosófica de varona, dedica el señor Vitier en el folleto consagrado a su personalidad.

Por último sus referencias a la estética de Aurelio Mitjans *Estudios sobre el movimiento científico y literario*. Por lo que respecta a las modalidades pictóricas, escultóricas, musical y arquitectónica las dificultades eran mayores sobre todo por la carencia de publicaciones.<sup>28</sup>

Por su parte, (1932) la Biblioteca mínima de **Emilio Roig de Leuchsenrig** está conformada no por libros publicados sino

de selecciones de textos aun no editados en ese momento: Consagra sendos volúmenes a José Martí y José Antonio Saco; en filosofía selecciones de los trabajos filosóficos de Félix Varela, José de la Luz y Caballero y Enrique José Varona, en novela Cecilia Valdés de Cirilio Villaverde por ser la más representativa y no igualada pintura de costumbres públicas y privadas de la época colonial. En Poesía lírica y dramática menciona colecciones antológicas de José María Chacón y Calvo *Las cien mejores poesías cubanas* y de Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro, La poesía moderna en Cuba *Los dramas de Baltasar*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda y *Aristodomo*, de Joaquín Lorenzo Luaces.

En Crítica literaria incluye Selecciones de Antonio Badhiller y Morales, José Antonio Echeverría, Aurelio Mitjans, Rafael María Merchán, Manuel de la Cruz, Ricardo del Monte, Enrique Piñeiro, Manuel Sanguily, José de Armas y Cárdenas, Mariano Aramburo, José Miró, Emilio Bobadilla, José Ignacio Rodríguez, Jesús Castellanos, Nicolás Heredia, Ramiro Guerra, José Rodríguez García, Francisco de Coronado y José María Chacón y Calvo.

En Oratoria menciona los *Discursos y conferencias* de Tristán de Jesús Medina, José Agustín Caballero, Antonio Zambrana, Manuel Sanguily, Rafael Montoro, Enrique José Varona, Eliseo Giberga, rafael Fernández de Castro, Miguel Figueroa, José Cortina, José María Gálvez, Antonio González Llorente, Antonio de Bustamante, José del Castro, Mariano Aramburo, José González Lanuza y Juan Gualberto Gómez.

---

28 Elías Entralgo. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 16 de julio, p 28.

En Ciencias Médicas, Físicas y Naturales. Selecciones de Felipe y Andrés Poe y, Tomas Romay, Nicolás José Gutiérrez, Alvaro Reynoso, Carlos Finlay, Carlos de la Torre, Juan Cristóbal Gundlach, Adolfo Sanvalle, Benito Viñes, Joaquín Albarrán, Francisco Albear y Lara, Aniceto Menocal, Tomás V. Coronado, Juan Guiteras, Oscar Amoedo, Enrique Lluria y Manuel González Echeverría.

Ciencias políticas económicas y sociales: Selecciones de Calixto Bernal, Francisco de Arango y Parreño, Gaspar Betancourt Cisneros, Domingo del Monte, conde de pozos Dulces, Francisco Figueras, Enrique José Varona, Rafael Montoro, Antonio de Bustamante, José González Lanuza. José Sixto de Sola, Fernando Ortiz (estudio sobre los afrocubanos), Ramiro Guerra (estudios sobre el latifundio) y Cosme de la Torriente (estudios sobre la Enmienda Platt).

En Historia. señala que puede suplirse la falta de historias completas de Cuba escritas por cubanos, con la *Historia de la isla de Cuba*, por Pedro José Guiteras, que comprende sólo hasta el año de 1838 e Inicadores y primeros mártires de la Revolución cubana, por Vidal Morales y Morales que empieza en 1709 y termina en 1900<sup>29</sup>.

**Juan Marinello** propuso:

1. un volumen de lo que en Martí luzca, con sus dotes inigualadas de escritor, su estatura humana.
2. Un libro con los mejores poemas de José María Heredia

3. Un tomo con lo mejor de Avellaneda, prefiriendo su obra dramática, lo más eminente sin duda en nuestra producción teatral.
4. Un volumen con poemas de Luaces, Milanés, Plácido, Zenea y Casal, como líricos de valor permanente, representativos, además, de momentos culminantes en nuestra vida literaria.
5. Una selección de los más agudos estudios políticos de José Antonio Saco.
6. Cecilia Valdés, como nuestra mejor novela y porque muestra, además las entrañas de nuestra vida colonial.
7. José de la luz y Caballero, por Manuel Sanguily, porque entrega la vida de un hombre arquetipo que, como Varela es superior a su obra escrita.
8. *El romanticismo en España*, de Enrique Piñeyro, como modelo mayor de ensayo crítico.
9. Una compilación de los mejores ensayos de varona sobre problemas cubanos.
10. *Azúcar y población en las Antillas* de Ramiro Guerra, como libro en que, aun resolviéndose desacertadamente nuestro problema colonial, se explana con técnica magistral la realidad económica de Cuba.

---

<sup>29</sup> Emilio Roig de Leuchsering. Respuesta completa en *Repertorio Americano*, 1932, 19 de agosto, p. 93.





*Quijote*

**Max Jiménez**

Técnica: madera.

En: *Repertorio Americano*, Tomo XXXIII, N. 806, 12 de junio, 1937, p. 1.

